

CARLOS SANTIAGO NINO

HOMENAJE DE LECCIONES Y ENSAYOS

El reciente fallecimiento de Carlos Santiago Nino abre entre nosotros una brecha imposible de cubrir. Hombre joven, dedicó su vida al pensamiento puro, pero nunca aislado del contexto en que le tocó vivir. Con él desaparece el que —en opinión de quienes lo conocimos— era uno de los más grandes filósofos de la actualidad. Sus dotes intelectuales eran prodigiosas, pero ello no le impedía escuchar casi con veneración las más diversas opiniones de los estudiantes y gozar con el debate. Su inteligencia tampoco fue obstáculo para su humildad ni para su vocación de ayuda —siempre desinteresada e imparcial— para con cualquiera que necesitara de su apoyo para una investigación o una beca.

Nos deja una obra inmensa, que trasciende sus más de doce libros y numerosos artículos. Sin embargo, como en el caso de todos los grandes hombres, nos preguntamos sobre cuáles habrían sido sus futuros aportes, y nos resta la conjetura de cómo sus ojos habrían visto ciertos problemas y cómo habrían intentado darles una respuesta.

Sus actividades lo habían llevado a todas partes del mundo. Será especialmente recordado en la Universidad de Yale, donde pasaba gran parte del año; en Oxford, donde se doctoró en el tiempo record de un año bajo la guía de Hart, y en su Centro de Estudios Institucionales, del que fue —desde su creación— su sustentado más sólido. Fue asimismo, merced a la labor en su cátedra de la Universidad de Buenos Aires y en el Consejo para la Consolidación de la Democracia, el más profundo defensor de los derechos humanos, sobre los cuales fundó una *Ética* que llevó a la práctica durante toda su vida, y cuya fundamentación —acauso el aporte más valioso de esta

última mitad del siglo a la filosofía práctica- se halla en su libro *Ética y Derechos Humanos*.

Le dolían los problemas de su país, en especial la injusticia y la desigualdad social, y esa preocupación permanente se hizo carne en su discurso humanista y eminentemente racional.

La muerte lo sorprendió en Bolivia a los 49 años, a donde había viajado para dar su consejo sobre la Reforma Constitucional de ese país.

Nino deja también un vasto grupo de seguidores que aprendieron de él cómo pensar el Derecho de una manera no convencional, cómo evitar caer en la trampa del lenguaje y cómo fundar racionalmente las ideas, evitando el dogmatismo y la arbitrariedad intelectual. Su fallecimiento ha dignificado cada palabra de su obra, que ha de ser leída y discutida como una herencia permanente de nuestra cultura.

Los que hablamos llegado a conocer a Nino como ser humano seguiremos viendo, más allá de cualquier razonamiento empírico, su figura pequeña por los pasillos y aulas de nuestra Facultad, irradiando calidez, fuerza y profunda agudeza para una generación que necesita urgentemente un modelo y un ideal para su existencia.